

## CAPÍTULO IX

### Leonor Fonseca Pimentel

La noche del mismo día en que el cardenal Ruffo y Francisco Caracciolo se dijeron adiós en la playa de Catana, se hallaban reunidas en el salón de la duquesa Fusco las personas más distinguidas de Nápoles pertenecientes al partido liberal; esto es, las que habían abrazado los nuevos principios, declarándose por la república, proclamada desde hacía una semana, y los franceses que habían contribuído á su establecimiento.

Ya conocemos á casi todos los promotores de aquella revolución, y hemos visto el valor y la constancia con que trabajaron por llevarla á cabo.

Pero nos falta conocer á algunos otros patriotas que aun no hemos podido poner en escena á causa de las exigencias de nuestro relato, y cuyo olvido sería de nuestra parte una ingratitud, máxime

cuando la posteridad conservará de ellos tan gloriosa memoria.

Así, pues, abriremos la puerta del salón de la duquesa, y gracias al privilegio que tienen los novelistas de penetrar en todas partes y de ver sin ser vistos, asistiremos á una de las primeras noches en que Nápoles respiraba al fin el embriagador ambiente de la libertad.

El salón en que se hallaban reunidas las personas que formaban la tertulia, tenía la majestuosa grandeza que los arquitectos italianos acostumbran imprimir á las habitaciones principales de sus palacios. El techo, abovedado y pintado al fresco, estaba sostenido por columnas medio enterradas en la pared. Los frescos eran de Solimene, y según la costumbre de la época, representaban asuntos mitológicos.

El salón tenía la forma de un cuadrilongo, y en uno de sus extremos se alzaba lo que en términos de teatro se llama un *practicable*, esto es, una especie de estrado que podía servir para representar piecitas dramáticas ó para establecer la orquesta en las noches de baile. Entonces había en él un piano frente al cual conversaban tres personas ó, más bien, estudiaban las notas y las palabras escritas en un papel de música que una de ellas tenía en la mano.

Aquellas tres personas eran Leonor Fonseca Pimentel, el poeta Vincenzo Monti y el maestro Domenico Cimarosa.

Leonor Fonseca Pimentel, cuyo nombre hemos pronunciado varias veces con la admiración y el respeto que inspiran el talento, la virtud y la desgracia, era una mujer de treinta á treinta y cinco años, de simpática figura, aunque no de extraordinaria belleza. Alta, bien formada, de ojos negros y expresivos á fuer de napolitana de origen español, tenía el ademán grave y majestuoso; al verla, se la hubiera tomado por una estatua antigua desprendida de su pedestal. Leonor era á la vez poetisa, excelente profesora de música y uno de los personajes políticos más importantes de la historia de Nápoles: en ella se reunían el genio de la baronesa de Stael, el de Delfina Gay y el de madama Roland. En poesía, era la émula de Metastasio; en música, la de Cimarosa; en política, la de Mario Pagano.

En el momento en que la presentamos á nuestros lectores, estudiaba una oda patriótica de Vincenzo Monti, cuya música había compuesto el maestro Dominico.

Vincenzo Monti, rival de Alfieri al cual aventajaba por la armonía de los versos, la elegancia del lenguaje y la belleza de las imágenes, tenía entonces

cuarenta y cinco años; en su primera juventud había sido secretario de aquel imbecil é insaciable príncipe Broschi, sobrino de Pío VI, por cuyo engrandecimiento sostuvo el papa el escandaloso proceso Lepri. Después fué secretario del directorio de la república cisalpina, profesor de elocuencia en París y de humanidades en Milán. Monti acababa de escribir la *Marsellesa italiana*, puesta en música por Dominico Cimarosa, y sus versos eran los que Leonor Pimentel leía entonces con entusiasmo, porque se hallaban de acuerdo con los sentimientos patrióticos de su corazón.

Dominico Cimarosa, sentado á la sazón delante del piano, sobre cuyas teclas vagaban distraidamente sus dedos, era de la misma edad que Monti; pero nunca hubo dos tipos más opuestos entre sí que el músico y el poeta. Monti era alto y delgado, de ojos vivos y de mirada ardiente y penetrante: Cimarosa era pequeño, regordete, miope, y sus ojos saltones y á la flor de la cara no tenían ninguná expresión; con sólo ver á Monti, se adivinaba que no era un hombre vulgar; por el contrario, nada revelaba en Cimarosa el genio de que se hallaba dotado, y cuando se le veía por primera vez, costaba trabajo creer que aquel hombrecillo era el gran hombre que á los diez y nueve años empezó una carrera

que en fecundidad y mérito rivaliza con la de Rossini.

Tres mujeres y dos hombres componían el grupo más notable, después del que acabamos de citar.

Las tres mujeres eran las más virtuosas de Nápoles y las de más intachable conducta: la duquesa de Fusco, antiguo conocimiento nuestro y la mejor y más íntima amiga de Luisa, la duquesa de Pepoli y la duquesa de Casano.

En cuanto á los dos hombres que formaban parte de este segundo grupo, uno de ellos era el magistrado Cuoco, el cual empezaba ya á distinguirse por su erudición é integridad; el otro personaje, mucho más importante, merece que le bosquejemos con alguna extensión. Parecía tener sesenta años, poco más ó menos, y vestía el traje del siglo xviii en toda su pureza, esto es, calzón corto, medias de seda, zapatos con hebillas, chaleco largo, casaca á lo Juan Jacobo Rousseau y cabellos empolvados, á falta de peluca. Sus opiniones liberales y sus ideas sumamente avanzadas no habían ejercido ninguna influencia en su vestido.

Aquel personaje era Mario Pagano, uno de los más célebres jurisconsultos, no sólo de Nápoles, sino de la Europa entera.

La dulzura de su voz y la suavidad de su palabra

le habían conquistado el sobrenombre de *el Plañtón de la Campania*. Cuando llegaron los días de la persecución, Mario Pagano tuvo el valor de aceptar la defensa de Manuel de Deo y de sus dos compañeros; defensa inútil, puesto que por muy brillante que fuese no había de producir más efecto que aumentar la reputación del orador y la piedad que el pueblo sentía por las víctimas de la reina. Los tres acusados estaban condenados de antemano, y los tres perecieron en el patíbulo; el gobierno, admirándose del valor y de la elocuencia del ilustre defensor, comprendió lo temible que debía ser como enemigo un hombre de semejante mérito y trató de halagarle. Pagano fué nombrado juez. Pero conservó tal energía é independencia de carácter y tal integridad en su nuevo destino, que llegó á ser para los Vanni y para los Guidobaldi una reconvencción viviente. Esta conducta le valió trece meses de encierro en un calabozo, ó, más bien, en una especie de tumba anticipada. Por último, el gobierno le puso en libertad y le privó de todos sus empleos, aunque sin declararle inocente, á fin de que la famosa junta de Estado pudiera volver á echarle el guante siempre que le pareciese oportuno.

Entonces Mario Pagano, conociendo que no era posible vivir en aquella tierra de injusticia y de

iniquidad, atravesó la frontera y se refugió en Roma, donde acababa de proclamarse la república. Pero Mack y Fernando marcharon inmediatamente después á la conquista de la ciudad Eterna, y tuvo que buscar asilo en las filas del ejército francés.

Mario había vuelto á Nápoles con Championnet, y el general republicano, apreciándole en todo su valor, le había nombrado miembro del gobierno provisional.

Volvamos al salón de la duquesa Fusco.

Pagano y Cuoco tenían una conversación sumamente animada sobre la necesidad de fundar en Nápoles un periódico político del mismo género que el *Monitor* francés, cosa que ya estaba arreglada y convenida; pero aun faltaba zanjar este punto: ¿habrían de firmarse todos los artículos ó saldrían á luz sin firma?

Mario llamó á Championnet, el cual se hallaba en la tertulia, para que diese su parecer sobre tan grave materia. La opinión del general debía ser de tanto mayor peso en el asunto, cuanto que él había sido el iniciador del pensamiento.

Siguiendo el parecer de Championnet, se convino en que la firma no fuese obligatoria, y en que cada uno quedase libre de afirmar ó de guardar el incógnito.

Faltaba decidir á quién había de nombrarse director del futuro periódico oficial de la república partenópea, cargo espinoso y nada apetecible por cuanto á que el sillón directorial podría convertirse en cadalso el día en que tuviese lugar una restauración. Pero Championnet salvó la nueva dificultad diciendo que el diario contaba ya con el redactor en jefe.

El primer número debía salir á luz al día siguiente, y mientras que Cuoco y Pagano discutían si habrían de firmarse ó no los artículos, se preparaban los materiales del *Monitor partenópeo*.

Cinco ó seis miembros de los comités, sentados alrededor de una mesa cubierta con un tapete verde, redactaban bajo la presidencia de Carlo Laubert los decretos que debían publicarse á la siguiente mañana.

Por uno de aquellos decretos se reconocía la deuda real como deuda nacional, sin embargo de que en ella se hallaban comprendidos todos los caudales de que el rey se había apoderado en el momento de su fuga. Su graciosa Majestad había tenido especial cuidado en no dejar ni un carlino en los bancos particulares, ni en las cajas de los establecimientos de beneficencia, tales como el Monte de Piedad, el hospicio de los Huérfanos y el *serraglio dei Poveri*.

Otro decreto establecía los socorros que habrían de concederse á las viudas de los mártires de la revolución ó de las víctimas de la guerra y á las madres de los héroes que en lo sucesivo murieran por la patria; este decreto le había redactado Manthonnet, el cual había escrito al margen del último párrafo esta sencilla anotación:

*Espero que mi padre tendrá algún día derecho al mencionado socorro.*

Por último, un tercer decreto bajaba el precio del pan y de los *macarroni*, suprimía los derechos de entrada que pagaba el aceite y abolía los besamanos y el título de *excelencia*.

En otra mesa contigua á la en que trabajaban los miembros del comité, el general Dufresse, gobernador de la ciudad y de los castillos, redactaba un reglamento de teatros.

Así que acabó de escribir, Dufresse hizo señas á Championnet — el cual leía un impreso á la luz de un candelabro, — diciéndole que había concluido su reglamento y que deseaba comunicársele. El general en jefe interrumpió su lectura, fué á la mesa donde trabajaba Dufresse y escuchó los artículos de la ordenanza que éste acababa de redactar, aprobándolos en todas sus partes. Dufresse la firmó acto continuo.

Entonces Championnet se dirigió á los circuns-

tantes suplicándoles que le concediesen un momento de atención, é invitó á Nicolino Caracciolo y á Velasco á que se callaran por un instante. Hay que advertir que mientras los personajes graves se ocupaban de la educación de los pueblos, estos dos hombres políticos, que apenas contaban entre los dos cuarenta y tres años, se entretenían en perfeccionar la del loro de la duquesa Fusco.

La indicación del general bastó para que todos los rumores cesaran como por encanto. Por su dulzura, su firmeza, su amor al arte y su respeto á las costumbres, Championnet se había captado las simpatías de todas las clases, tanto, que aun hoy día, después de cinco generaciones y dos tercios de siglo, su recuerdo se conserva aún en Nápoles, esto es, en la ciudad ingrata y olvidadiza por excelencia.

Championnet se acercó á la chimenea, colocándose en el rayo de luz que proyectaba el candelabro, desplegó el papel que estaba leyendo cuando le interrumpió Dufresse, y con su voz dulce y sonora, dijo en excelente italiano:

— Acabo de recibir de la imprenta las pruebas del *Monitor partenópeo*, que saldrá mañana sábado 6 de Febrero de 1799. Voy á leerlas, y como quiera que los artículos que van á darse á luz son el eco de la opinión de todos nosotros, cada cual podrá

hacer las observaciones que estime oportunas.

Esta especie de anuncio excitó la más viva curiosidad. Como aun no se conocía el nombre del redactor en jefe del *Monitor partenópeo*, todo el mundo ardía en deseos de saber de qué modo daría principio á sus tareas en ese arte de la publicidad cotidiana, completamente ignorado en la capital de las Dos Sicilias.

Monti, Cimarosa, Nicolino, Velasco, todos se callaron, incluso el loro de la duquesa.

Championnet leyó entonces, en medio del más profundo silencio, el artículo editorial del *Monitor*, el cual empezaba con estas palabras: « ¡ Por fin somos libres! » y concluía con este párrafo: « ¡ Ciudadanos, comparad el pasado con el presente, y obrad de modo que podáis asegurar vuestro porvenir! »

La lectura de este grito de libertad, de este llamamiento patriótico á la fraternidad de un pueblo donde hasta entonces no había tenido semejante palabra significado alguno, produjo en los oyentes indecible entusiasmo, y todos prorrumpieron en este grito unánime: « ¡ El autor! ¡ el autor! » Entonces bajó del estrado la hermosa, noble y casta Leonor Pimentel, atravesó el salón con paso lento, tímido y majestuoso y fué á colocarse cerca de Championnet, cual si fuera la musa de la patria que

iba á ponerse bajo la protección de la victoria.

Ella era la que había escrito el artículo; ella era el desconocido director del *Monitor partenópeo*; ella era la que había reclamado para sí la peligrosa honra de redactar y firmar aquel diario, honra que muchos hombres, sin embargo de ser ardientes patriotas, no se habrían atrevido á afrontar sin escudarse tras el anónimo.

Al saber el nombre del autor del artículo, frenéticos hurras estallaron en todos los ámbitos del salón y todos los concurrentes á la tertulia de la duquesa Fusco, jueces, legisladores, abogados, sabios, poetas, generales se precipitaron al encuentro de la ilustre escritora, con ese entusiasmo meridional que se traduce por gestos desordenados y gritos furiosos. Los hombres cayeron de rodillas á sus pies, las mujeres se le acercaron saludándola respetuosamente. Era el éxito de Corina cuando cantaba en el Capitolio la ya perdida grandeza de los romanos, éxito tanto mayor para la ilustre poetisa napolitana, cuanto que ella no cantaba la grandeza del pasado, sino las esperanzas del porvenir. Pero, como no hay drama sin sainete ni escena sublime á la cual no se mezcle algo de grotesco, en el momento en que cesaba la triple salva de aplausos con que fué acogido el nombre de Leonor Pimentel, se

oyó una voz ronca y vinosa que gritaba: « ¡ Viva la república! ¡ mueran los tiranos! »

Era la del loro de la duquesa de Fusco, la del discípulo de Velasco y Nicolino, el cual hacía honor á sus maestros manifestando lo bien que aprovechaba sus lecciones.

En aquel momento daban las dos de la mañana: este episodio cómico terminó la *soirée*. Cada cual se envolvió en su capa ó en su abrigo, llamó á sus criados é hizo aproximar su carruaje; porque es de advertir que todos aquellos descamisados, como los llamaba el rey, pertenecían, no á la plebe, como los *sans-culottes* franceses, sino á la aristocracia del dinero ó de la ciencia, y todos tenían carruaje y lacayos.

Después de haber abrazado á las mujeres, apretado la mano á los hombres y dicho adiós á todos los tertulios, la duquesa Fusco quedó completamente sola en el salón donde momentos antes se oía el rumor de las conversaciones y los gritos del patriótico entusiasmo. Entonces se dirigió al alféizar de una ventana que ocultaba un riquísimo cortinaje de damasco carmesí, descorrió las cortinas, y como dos aves en un mismo nido, aparecieron Luisa y Salvato, los cuales, aprovechando esa libertad de acción que reina en Italia, libertad

que la crítica no permite en nuestro país, se habían aislado en medio de aquella muchedumbre y permanecido toda la noche con las manos enlazadas, dirigiéndose mutuamente esas dulcísimas frases que apenas llegan al oído, pero que escucha siempre el corazón.

El rayo de luz que penetró en su escondite, iluminado hasta entonces por la suave media tinta que filtraba la colgadura, hizo volver á los dos jóvenes á la vida real, arracándolos del mundo imaginario á donde habían volado en las doradas alas de su fantasía: al descorrerse la cortina, ambos dirigieron á la duquesa una mirada de ventura, mirada semejante á la que dirigieron los primeros moradores del Paraíso al ángel del Señor cuando los sorprendió escondidos bajo un dosel de flores en el momento en que por vez primera acababan de murmurar: *¡ Yo te amo!*

Salvato y Luisa habían entrado allí al principio de la *soirée* y habían sido espectadores invisibles de cuanto había tenido lugar en el salón de la duquesa; pero ni una sola palabra había llegado hasta ellos, ni conservaban recuerdo del más mínimo detalle. Los versos de Monti, la música de Cimarosa, el artículo de la Pimentel, todo había ido á estrellarse contra aquella colgadura de da-

masco que separaba del resto del mundo su ignorado y reducido Edén.

Viendo vacío el salón y sola á la duquesa, comprendieron que había llegado la hora de separarse, lanzaron un suspiro y dijeron al mismo tiempo y en la misma entonación:

— ¡Hasta mañana!

Luego, conmovido y ebrio de felicidad, Salvato estrechó á Luisa contra su corazón, se despidió de la duquesa y abandonó la estancia, mientras que la San Felice, enlazando con su brazo el cuello de su amiga, y semejante á la joven de la mitología griega que confía su secreto á Venus, murmuraba en su oído estas palabras:

— ¡Oh! ¡si supieras cuánto le amo!

## CAPÍTULO X

Andrés Backer

Al atravesar la puerta de comunicación, Luisa encontró en los corredores á su doncella Giovanina que la estaba esperando.

El rostro de la joven sirvienta expresaba esa profunda satisfacción que experimentan los inferiores cuando se les presenta una coyuntura favorable merced á la cual pueden introducirse en la vida íntima de sus amos.

Sin saber por qué, Luisa sintió por su doncella un movimiento repulsivo.

— ¿Qué hacéis ahí y qué es lo que queréis? le preguntó.

— Esperaba á la señora para decirle una cosa de la mayor importancia, respondió Giovanina.

— ¿Y qué es ello?

— Que el banquero buen mozo está aquí

— ¡ El banquero buen mozo !... ¿ de quién queréis hablar ?

— Del señor Andrés Backer.

— ¡ Andrés Backer aquí !... ¿ y á esta hora ?

Sí, señora, vino á eso de las diez y me dijo que necesitaba absolutamente hablar á la señora ; en un principio me negué á recibirle, cumpliendo con las órdenes que me habíais dado : pero insistió con tanto empeño, que tuve que decirle la verdad, esto es, que no estabais en casa. No me creyó, y continuó obstinándose en que tenía que decirnos algunas palabras, en interés vuestro ; para demostrarle que no mentía, le enseñé todas las habitaciones y entonces me preguntó dónde estabais, cosa que no quise decirle suponiendo que la señora no lo llevaría á bien. Pero no se dió por vencido : viendo que no conseguía averiguar dónde os hallabais, entró en el comedor, á pesar mío, tomó una silla y dijo que esperaba vuestra vuelta hasta no importa qué hora.

— Pues bien, como yo no quiero recibir al señor Andrés Backer á las dos de la mañana, vuelvo á casa de la duquesa y allí permaneceré hasta que el señor Backer tenga la bondad de marcharse.

Y en efecto, Luisa dió un paso atrás para volver á casa de su amiga.

— ¡ En nombre del cielo, señora ! dijo entonces una voz al extremo opuesto del pasadizo.

Al escuchar aquella voz, el asombro de Luisa se transformó, no diremos en cólera, porque su corazón de paloma era incapaz de dar cabida á este sentimiento, pero sí en irritación.

— ¡ Ah ! ¿ sois vos, caballero ? le dijo marchando resueltamente hacia él.

— Sí, señora, respondió el joven, apareciendo sombrero en mano y en la más respetuosa actitud.

— Entonces, ¿ habéis oído lo que acabo de decir á mi doncella ?

— Perfectamente.

— Y ¿ cómo es que aun permanecéis aquí después de haberos introducido en mi casa casi á la fuerza, sabiendo que yo desapruero vuestras visitas ?

— Porque hay urgencia absoluta de que os hable... urgencia absoluta, ¿ comprendéis, señora ?

— ¿ Urgencia absoluta ? repitió Luisa con acento dubitativo.

— Señora, os aseguro bajo palabra de honor — palabra que ninguna persona de mi familia ha empeñado inútilmente desde hace trescientos años, — que la seguridad de vuestra vida y de vuestra

fortuna reclama de un modo absoluto que me escuchéis por algunos instantes.

El acento de profunda convicción con que se expresaba el joven hizo vacilar á la San Felice.

— Pues bien, siendo así, caballero, no tengo dificultad en recibiros; pero mañana, á una hora conveniente...

— Mañana sería tal vez demasiado tarde, señora... y además, ¿qué entendéis por una hora conveniente?

— Quiero decir durante el día, á eso de las doce, por ejemplo, ó más temprano, si así lo deseáis.

— Durante el día me verían entrar en vuestra casa, é importa mucho que nadie sepa que me habéis visto.

— ¿Por qué?

— Porque de mi visita podría resultar un gravísimo peligro.

— ¿Para vos, ó para mí?

— Para entrambos, señora, respondió gravemente el joven banquero.

Hubo un momento de silencio. El tono del nocturno visitador no permitía dudar de que se trataba de un asunto grave.

— Y á juzgar por las precauciones que tomáis ¿nuestra conversación debe ser sin testigos?

— Sí, señora; nadie más que vos debe oír lo que tengo que deciros.

— Y ¿sabéis que hay una cosa de la cual os está prohibido hablarme?

— No lo he olvidado, señora, y si os hablo de ella, no será sino para haceros comprender que sólo á vos podría hacer la revelación que vais á oír.

— Venid, caballero, dijo Luisa.

Y pasando delante de Andrés, le condujo al comedor, que Giovanina había ya alumbrado, y cerró la puerta así que entró Backer.

— ¿Estáis bien segura, señora, dijo el joven echando una mirada en torno suyo, de que nadie podrá oír lo que hablemos?

— No hay más que Giovanina en toda la casa, y ya la habéis visto entrar en su cuarto.

— Pero podrá escuchar colocándose detrás de esa puerta ó detrás de la de vuestra alcoba.

— Cerradlas ambas, caballero, y pasemos al gabinete de mi esposo.

Las precauciones que tomaba Andrés Backer para que nadie pudiese oírlos, tranquilizaron completamente á Luisa respecto al motivo de su conversación. El joven banquero no habría hecho semejantes instancias para hablarle de un amor que con tanta franqueza había sido rechazado.

Cerradas las dos puertas del comedor y dejando abierta la del gabinete, Backer tenía la seguridad de que ninguna persona podía oírle.

Luisa se había dejado caer en una silla, y con la cabeza apoyada en la palma de la mano y el codo sobre la mesa en que otras veces trabajaba su marido, había quedado sumida en honda meditación.

Aquella era la primera vez que entraba en el gabinete de su esposo desde el día en que el caballero partió á Sicilia; una infinidad de recuerdos se despertaron entonces en su memoria.

Luisa pensaba en aquel hombre que tan bueno había sido para ella, y del cual apenas se acordaba y medía casi con espanto la inmensidad del amor que Palmieri le inspiraba, amor celoso y absorbente que se había apoderado de ella, por decirlo así, y arrojado de su corazón todo sentimiento que no fuera él; y al preguntarse lo que le faltaba para una infidelidad completa, la pobre joven conoció que la distancia moral que había recorrido era mucho más grande que la distancia material que aun le quedaba que recorrer.

La voz de Andrés Backer, cuya presencia había olvidado completamente, la sacó de aquella rápida meditación.

Luisa le hizo señas de que tomase asiento.

Andrés saludó, pero continuó de pie.

— Señora, le dijo; no obstante la prohibición que me habéis hecho de no hablaros nunca de mi amor, preciso es que os recuerde cuán ardiente, profundo y respetuoso era el sentimiento que me inspirabais, para que podáis comprender el paso que doy cerca de vos y el peligro á que me expongo.

— Caballero, dijo Luisa levantándose, os he prohibido absolutamente que me habléis de vuestro amor, y no os permito que me habléis de él ni aun en tiempo pasado. Al recibirlos á esta hora después de haberlos manifestado mi repugnancia en hacerlo, confiaba en que no tendría que recordaros mi prohibición.

— Dignaos escucharme, señora, y permitidme que me explique. He dicho que era menester que os recordase la inmensidad de mi amor, á fin de que pudierais comprender la importancia de la revelación que voy á hacerlos.

— Pues bien, sed breve, y veamos qué es lo que tenéis que decirme.

— Antes quisiera que comprendieseis bien una cosa.

— ¿Y es?

— Que lo que voy á deciros es, de mi parte, una locura, casi una traición.

— Entonces no me lo digáis, caballero; yo no he ido á buscaros, ni mucho menos provoqué vuestras confidencias.

— Lo sé, señora, y aun empiezo á convencerme de que ni siquiera me agradeceréis el paso que doy; pero ¡no importa! la fatalidad me empuja y es necesario que se cumpla mi destino.

— Os escucho, caballero, dijo Luisa.

— Pues bien, señora, sabed que hay tramada una gran conspiración y que se preparan nuevas Vísperas sicilianas, no sólo contra los franceses, sino también contra todos sus partidarios.

Estas palabras produjeron en Luisa un terrible escalofrío y la obligaron á prestar oído atento. La joven no temía por su propia vida; pero hallándose amenazados los franceses, la vida de Salvato se hallaba también amenazada, y quizás las revelaciones de Backer le proporcionarían los medios de salvar aquella preciosa existencia que ya una vez había conservado. Entonces se aproximó al joven por un movimiento involuntario y se inclinó sobre la mesa en que estaba apoyada: su boca permanecía muda; pero sus ojos le interrogaban con ansiedad.

— ¿Debo continuar? preguntó Backer.

— Proseguid, caballero, dijo Luisa.

— Dentro de tres días, esto es, en la noche del viernes al sábado, no sólo serán degollados los diez mil franceses que hay en Nápoles y en sus alrededores, sino también, como ya os he dicho, todos sus partidarios. Entre diez y once de la noche se marcarán con una cruz roja las habitaciones de los que deben morir, y una hora después empezará la matanza.

— ¡Pero lo que estáis diciendo es horrible, monstruoso, caballero!

— Sí, pero no más horrible que las Vísperas sicilianas, no más monstruoso que la *Saint-Barthelémy*. Lo que hizo Palermo para sacudir el yugo de los Angevinos, lo que hizo París para librarse de los hugonotes, Nápoles puede muy bien hacerlo para desembarazarse de los franceses.

— Y ¿no teméis que en cuanto salgáis de aquí me apresure á denunciar ese inicuo plan?

— No, señora, porque antes de hacerlo, reflexionaríais que ni siquiera os he exigido la promesa de guardar el secreto, que el sacrificio que por vos hago no debe pagarse con una ingratitud, y vuestro nombre es demasiado puro y hermoso para que la historia le grave en la picota de la traición.

Luisa se estremeció; comprendía en efecto lo que había de grande y de noble en la conducta del joven banquero, al hacerle aquella gravísima revelación sin condiciones de ninguna especie.

— Dispensadme, caballero, le dijo; pero, ¿qué tengo yo que ver con los franceses ni con sus secuaces, yo, la esposa del bibliotecario, digo más, del amigo del príncipe real?

— Nada seguramente, si el caballero San Felice estuviera aquí para protegeros con su presencia, para escudaros con su realismo; pero no lo está, y os confesaré, señora, que he visto con terror que vuestra casa figura en la lista de las que deben señalarse con una cruz roja.

— ¿Mi casa? exclamó Luisa levantándose.

— Comprendo, señora, que os admire y aun os indigne lo que acabo de deciros. Pero escuchadme hasta el fin. En épocas borrascosas como la que atravesamos, épocas en que rugen las pasiones políticas, nadie está al abrigo de las sospechas. Además, cuando las sospechas dormitan, los denunciadores no perdonan medio de despertarlas. Quiero deciros que he tenido en mis manos y he leído con mis ojos una denuncia, anónima, es verdad, pero tan precisa, que no pueden menos de ser ciertas las acusaciones que en ella se hacen.

— ¿Una denuncia? preguntó Luisa llena de asombro.

— Sí, señora.

— ¿Contra mí?

— Contra vos.

— Y ¿qué dice esa denuncia? preguntó Luisa, palideciendo á pesar suyo.

— Dice que en la noche del 22 al 23 de Septiembre del año último, recogisteis en vuestra casa á un edecán del general Championnet...

— ¡Oh! murmuró la joven, sintiendo que el sudor inundaba su frente.

— Que substrajisteis á ese edecán, herido por Pascuale de Simone, á la venganza de la reina; que le curó una hechicera albanesa llamada Nanno; que el herido permaneció seis semanas escondido en vuestra casa y que salió de ella disfrazado de campesino de los Abruzzos para ir á reunirse con Championnet y tomar parte en la batalla de Civita-Castellana.

— Y aunque todo eso fuese cierto, dijo Luisa, ¿es por ventura un crimen recoger á un herido y salvar la vida á un hombre? Antes de verter en sus heridas el bálsamo del buen Samaritano ¿debe una informarse de su nombre, de su patria ó de su opinión política?

— No, señora, á los ojos de la humanidad no hay crimen ninguno en socorrer al que sufre; pero sí le hay en concepto de los partidos. Tal vez los realistas os le hubiesen perdonado, si vuestra asiduidad en asistir á la tertulia de la duquesa Fusco no hubiera venido á dar cuerpo á la denuncia. Las reuniones de la duquesa no son meras *soirées* destinadas á pasar el tiempo, señora; son verdaderos clubs donde se discuten proyectos y se elaboran leyes; donde se escriben, se ponen en música y se cantan himnos patrióticos. Vos asistís á todos esos conciliábulos; y aunque todo el mundo sabe que no es un motivo político el que á ellos os lleva...

— ¡ Cuidado, caballero! ¡ se me figura que vais á faltarme al respeto!

— ¡ Libreme, Dios, señora! respondió el joven; y en prueba de que no es así, me pondré de rodillas para concluir lo que tengo que deciros.

Y Backer hincó una rodilla en tierra.

— Señora, sabiendo que vuestra vida estaba en peligro, puesto que vuestra casa figura en el número de las que deben entregarse al puñal de los lazzaroni, he venido á traeros un talismán, un signo destinado á salvárosla... El talismán es éste.

Y el joven depositó sobre la mesa una tarjeta en la cual había grabada una flor de lis.

— El signo consiste en llevar á la boca el pulgar de la mano derecha y en morder la primera falange. No le olvidéis, señora.

— Pero no necesitabais poner una rodilla en tierra para decirme todo eso, caballero, respondió Luisa con acento benévolo.

— No, señora; pero sí para lo que aun me queda que deciros.

— Hablad.

— No trato de penetrar vuestros secretos, ni es tampoco una pregunta la que voy á haceros; es un consejo que os doy, consejo cuyo desinterés y generosidad comprenderéis vos misma. Con razón ó sin ella, dicen que amáis á ese joven edecán á quien salvasteis la vida.

Luisa hizo un movimiento.

— Perdonad, señora, no soy yo quien lo dice; yo no lo digo, ni lo creo, ni trato de averiguarlo. Mi única ambición, mi único objeto es que seáis dichosa, y á esto se reduce todo. Y como no quiero que ese corazón tan noble, tan casto y tan puro estalle de amargura; como no quiero que esos hermosos ojos que envidiarían los ángeles se aneguen en lágrimas, vengo á deciros: Señora, si amáis á un hombre, sea quien fuere, bien con el cariño de la hermana ó con el amor de la amante,

y si ese hombre corre algún peligro, como francés ó como patriota, en pasar aquí la noche del viernes al sábado, alejadle con cualquier pretexto, á fin de que hallándose ausente pueda escapar de la matanza, y de que yo pueda decirme á mí mismo: « He tenido la dicha de evitar un sufrimiento á la que tanto me ha hecho sufrir. » Esta será mi única recompensa.

Ante aquella abnegación tan grande y tan sencilla, los ojos de la joven se arrasaron de lágrimas. Luisa tendió la mano á Andrés, el cual estampó en ella un beso apasionado y respetuoso.

— Gracias, caballero, le dijo. No adivino de dónde puede venir la traición; pero preciso me es convenir en que el denunciador está bien informado. Á nadie he confiado hasta ahora mi secreto; á vos os lo confesaré todo. Sí, amo con un amor fraternal, aunque inmenso, á un hombre á quien he salvado la vida. Cuando eché de ver que este amor se apoderaba de mi alma con la violencia de una pasión irresistible, quise partir, abandonar á Nápoles, acompañar á mi marido á Sicilia. Y no para substraerme al fatídico destino que me habían predicho; sino para no faltar á la fe jurada, para conservar pura mi honra. ¡ Dios no lo quiso! la tempestad nos separó y las olas que le alejaban de

la orilla me rechazaron á mí á la ribera. Me diréis que una vez calmada la tormenta pude haberme embarcado en el primer buque y haber ido á Sicilia á reunirme con mi esposo. Cierto, así lo habría hecho si me lo hubiese ordenado, si me hubiese manifestado el más leve deseo en este sentido; pero no habiéndome dicho nada, no he tenido después fuerza bastante para salir de aquí. No hace mucho, me hablasteis de la fatalidad que os obligaba á revelarme vuestro secreto; yo también obedezco á la fatalidad que esclaviza mi alma. Sigamos cada uno la pendiente por la cual nos arrastra nuestro destino. Pero cualquiera que sea el término á que el mío me conduzca, mi corazón os guardará siempre la gratitud que merece vuestra noble conducta. Adiós, señor Backer. Yo os prometo que vuestro nombre no saldrá de mis labios, ni aun en medio de los más horribles tormentos.

— Y el vuestro, respondió Andrés inclinándose, no saldrá jamás de mi corazón, aunque por vuestra causa expire en el cadalso.

Y saludando á Luisa, abandonó la habitación dejando sobre la mesa la tarjeta con la flor de lis que debía servirle de signo de reconocimiento.